

vida, la irradia, la contagia.

El alimentarnos del Cuerpo de Cristo, nos debe llevar a transformarnos en él.

Por eso, la Eucaristía compromete y pone en evidencia.

Compromete, porque el pan que se comparte, debe llevar a compartir el pan con el necesitado, la defensa de la libertad con el oprimido y explotado, la cercanía con el que está solo..., en una palabra, el amor recibido, debe hacerse amor entregado.

Pero la Eucaristía no sólo compromete, también pone en evidencia.

Cuando somos egoístas, negamos la comunión.

Cuando somos esclavos de nuestras cosas, negamos a quien no guardó ni su vida, a quien se hizo pan para ser partido y repartido.

Cuando nos despreciamos de los demás, sobretodo de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, sea por la causa que sea, negamos a quien se hizo vida en abundancia para todos y para siempre.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

REFLEXIÓN

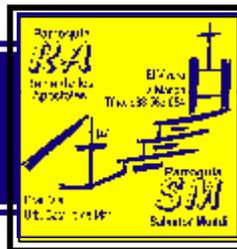
-La primera lectura recuerda la necesidad de alimento que el pueblo tuvo. Necesidad sentida colectivamente. Dios lo alimentó haciéndole ver, al mismo tiempo, que "el hombre no sólo vive de pan". Y el alimento que Dios les dio les hace sentir, aún más, pueblo. También nosotros debemos hacer esta experiencia: sentirnos miembros de un colectivo que es el pueblo de Dios y miembros de otro colectivo: pueblo/barrio, país...; sentir las necesidades que tienen estos colectivos, y no tan sólo las propias individuales; la Palabra de Dios nos ayuda a descubrir estas necesidades, que para muchos son de pan, pero que para todos son de solidaridad.

-La segunda lectura nos sitúa también en esta línea: somos "un solo cuerpo". El pan que alimenta nuestra fe es "uno solo" y crea comunión entre nosotros y nos hace buscar la comunión con toda la humanidad redimida por la entrega de Cristo. El evangelio ahonda en ello.

Debemos poner los medios, pues, para que la comunión sea real, tanto en el interior de la comunidad eclesial (participando, interviniendo, implicándonos en ella...) como en la comunidad social a la que pertenecemos (colaborando en todo lo que esté a nuestro alcance en la lucha por una vida digna para todos, sin excepciones).

-*"Mi carne es verdadera comida":* ante la autoridad de Jesucristo no podemos engañarnos a nosotros mismos ni a los demás. La Eucaristía de cada domingo nos compromete y nos pone en evidencia. Pidamos que sea siempre así y demos gracias por ello.

JOSEP M. ROMAGUERA

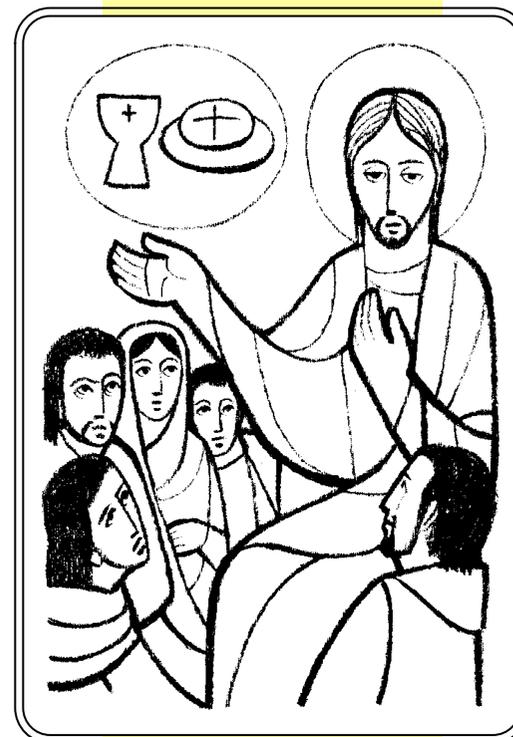


Comunión

Hoja de comunicación de las parroquias de la Manga del Mar Menor

LITURGIA DE LA PALABRA ESPAÑOL

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO (A)



Hacia el siglo XII se constata en la Iglesia el desarrollo de un deseo: acentuar la devoción al Cuerpo de Cristo, en la sagrada forma.

Desde los orígenes, la comunidad cristiana celebra la Eucaristía, memorial de la pasión del Señor, haciendo incapié en el aspecto de sacrificio, de entrega total de Jesucristo, por nuestra salvación, en el altar de la cruz, como Cordero que quita el pecado del mundo. También estaba presente el aspecto de comida comunitaria ("comemos todos del mismo pan" [2ª Lectura]).

Ahora se quiere remarcar que, si ese trocito de pan, es el cuerpo de Cristo, que se entrega, no es menos que en él está real y sacramentalmente, el Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre y, por tanto, se desarrolla el culto de adoración a la sagrada forma. Para algunos pecadores públicos, esta era la única manera de acercarse al Señor.

Si la semana pasada destacábamos el amor, hoy, que también es el Día de la Caridad, resaltamos la cercanía y la sencillez del Dios Hijo que se hace alimento para todos.

Peregrinos a la casa del Padre, lo necesitamos para el camino.

Cercanos a quienes caminan con nosotros en este mundo y no tienen siquiera el pan de la dignidad humana, comprometemos nuestra vida en la construcción de un mundo mejor para que nunca falte el pan que alimenta, el pan de la justicia y de la libertad, necesarios para tener hambre del Pan de Vida.

1ª LECTURA

El pueblo de Israel ha cruzado el desierto y, aun en medio de sus quejas y protestas, Dios ha hecho que no les falte el pan, el agua, la carne...

Ahora, en su nueva tierra, van pasando las estrecheces; el trabajo, el cuidado de la tierra, la cría de los animales... van dando sus frutos.

Los autores del Deuteronomio, haciendo una reflexión del Exodo, invita al pueblo a no olvidar que todo lo que tienen se lo deben a Dios:

- El Señor te ha traído a la tierra que mana leche y miel.

- El te guió por el duro desierto, en medio del hambre y la sed, y no te dejó morir.

- El te libró de dragones, alacranes y serpientes.

- El te probó para conocer tus intenciones.

Ahora que tienes, porque él te lo da, no te olvidas de quien, cuando no tenías, también te dio.

Cuántas veces creemos que lo que somos y tenemos es cosa nuestra y que las calamidades, los sufrimientos y los problemas nos los da Dios injustamente.

Hay que saber ver la presencia de Dios en todo momento y lugar, pues toda nuestra historia es "historia de salvación", éxodo para llegar a la Tierra Prometida.

PRIMERA LECTURA

Lectura del libro del Deuteronomio

8,2-3. 14b-16a.

Habló Moisés al pueblo y dijo:

-Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no. El te afligió haciéndote pasar hambre y después te alimentó con el maná -que tú no conocías ni conocieron tus padres- para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios. No sea que te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un seqedal sin una gota de agua; que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 147,12-13. 14-15. 19-20

R/. Glorifica al Señor, Jerusalén [o Aleluya].

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión, que ha reforzado los cerrojos de tus puertas y ha bendecido a tus hijos dentro de ti.

Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina; él envía su mensaje a la tierra y su palabra corre veloz.

Anuncia su palabra a Jacob; sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así ni les dio a conocer sus mandatos.

2ª LECTURA

La Iglesia no es un partido político, una sociedad civil.

La Iglesia es una comunión de personas, unidos por el mismo Cristo.

El ha querido dejarnos su Cuerpo y su Sangre como factores de esa comunión.

Por lo tanto, la ruptura, la división, es un contrasentido, más aún, un antitestimonio.

Muchas veces, dependiendo de la edad, de la cultura, de las experiencias personales y de grupo, podemos discrepar en asuntos secundarios.

Pero si en lo esencial estamos todos unidos, ¿por qué destacar siempre lo que nos diferencia?

Deberíamos valorar y mirar más lo que nos une (un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre) y respetarnos más en las discrepancias.

Si la comunión entre nosotros no es fuerte, ¿cómo vamos a ser motores de comunión en un mundo tan fragmentado y dividido?

EVANGELIO

*"El que como de este pan, vivirá para siempre"
Y, quien está lleno de*

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios

10,16-17.

Hermanos:

El cáliz de nuestra Acción de Gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo?

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según San Juan

6,51-59.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

-Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

-Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.